



Carmen Suárez León, *La alegría de traducir*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2017, 216 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.21.2019.521-525>

Al abordar el tema del papel social del novelista, en una conferencia dada en Ginebra en 1967, el escritor cubano Alejo Carpentier (1977: 164) se preguntaba «si la mano del escritor puede tener una misión más alta que la de definir, fijar, criticar, mostrar el mundo que le ha tocado en suerte vivir». Esta aspiración, que trasciende a la novela y alcanza a todos los géneros literarios, refleja uno de los rasgos más característicos de las letras cubanas: la implicación en su universo histórico, no solo para describirlo, sino también, y sobre todo, para transformarlo. La literatura adquiere así una función regeneradora, en la que la influencia de otras culturas se convierte en un factor fundamental de cambio. En este contexto, la traducción cobra una especial relevancia, puesto que constituye una herramienta clave en la importación de conocimientos, avances y nuevas ideas.

De ese modo, la actividad traductora desempeña un papel de primera importancia en la conformación de la literatura cubana, a la que aparece vinculada desde sus primeras manifestaciones como medio para introducir en la isla los valores culturales y las corrientes ideológicas que se generaban más allá del marco de sus fronteras. Esta labor permitió que, desde muy temprano, en Cuba se leyera en español a escritores de habla inglesa, como Lord Byron, Walter Scott o Thomas Moore; de lengua francesa, como Victor Hugo, Alphonse de Lamartine o Molière; alemanes, como Johann Wolfgang von Goethe o Friedrich Schiller; y portugueses, como Augusto de Lima; pero también suecos, como Esaias Tegnér, o polacos, como Adam Mickiewicz. Y todo ello gracias a las traducciones realizadas por algunas de las figuras más destacadas de la historia literaria de Cuba, entre las que se encuentran personajes tan ilustres como José María de Heredia, José Agustín Quintero, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Cintio Vitier, José Lezama Lima o el propio José Martí, que se distingue, además, por sus teorías traductológicas.

Todos estos autores experimentaron el gozo de traducir a escritores amados y venerados, al tiempo que, con ello, daban respuesta a sus anhelos de transformar y enriquecer la manera de pensar de los cubanos, y así lo pone de manifiesto el propio Martí (2010: 11) al referirse a su trabajo en torno a Victor Hugo: «Y ahora he traducido con alegría, con orgullo, con

verdadero amor. Estas páginas serenas me dominan; este sol me calienta; este alma me habla». Este sentimiento, que acompaña a la práctica traductora en Cuba, es precisamente el que intenta transmitir Carmen Suárez León en su libro *La alegría de traducir*, cuyo título retoma la cita del gran poeta cubano para acercar al lector a la historia de la traducción literaria en la isla.

La autora aborda, de esa manera, un tema que conoce en profundidad por los múltiples trabajos que le ha dedicado, entre los que destaca el estudio *José Martí y Víctor Hugo en el fiel de las modernidades* (1997), con el que obtuvo el grado de doctora en Ciencias Filológicas por la Universidad de La Habana y que fue merecedor del Premio de Investigación del Ministerio de Cultura, en 1996, y del Premio de la Crítica a las mejores obras de Ciencias Sociales, en 1997. A esta labor como investigadora, que desarrolla desde hace más de veinte años en el Centro de Estudios Martianos, se une su larga trayectoria como traductora y escritora, dos oficios esenciales para entender, en todas sus dimensiones, la trascendencia que ha tenido la traducción en el desarrollo de la literatura y la cultura cubanas.

Desde esta perspectiva, esta obra resulta especialmente interesante, puesto que ofrece una aproximación al esfuerzo realizado por los intelectuales cubanos, desde principios del siglo XIX, para dar a conocer en la isla la ciencia y la literatura de los más diversos lugares del mundo. Así, el libro recoge algunos de los artículos publicados por Suárez León a lo largo de su carrera como investigadora, que, en la primera edición, abarca hasta el año 2006 y, en esta segunda edición, corregida y aumentada, se extiende hasta el año 2016, mediante la incorporación de los ensayos más recientes de la autora. Se trata, como ella misma afirma (11-12), de trabajos desiguales, algunos de los cuales son «resultado de investigaciones detenidamente perseguidas en las bibliotecas, otros no pasan de ser breves ojeos de un tema que requiere a todas luces más atención y esclarecimiento», pero todos ellos aspiran a sentar las bases para fomentar la investigación en un campo todavía poco explorado.

Con este fin, Suárez León reúne en este volumen dieciocho ensayos, repartidos en tres bloques, atendiendo a criterios cronológicos, y precedidos de una introducción, titulada también «La alegría de traducir», en la que la investigadora presenta la líneas generales de la obra e incide en el decisivo papel que ha desempeñado la traducción en la conformación del perfil cultural del pueblo cubano.

Por lo que se refiere a los textos que integran esta compilación, el libro se abre con un conjunto de siete trabajos centrados en el estudio de los

poetas traductores del siglo XIX, cuyo principal objetivo fue ampliar la visión del mundo de una sociedad colonizada y sometida culturalmente a los dictados artísticos e ideológicos de la metrópoli, mediante la adaptación y recontextualización del pensamiento científico y social más avanzado de la época. Este afán de renovación se materializó en la intensa labor traductora que se desarrolló en Cuba a lo largo de todo el siglo, en la que se implicaron personalidades de la talla de Félix Varela, José María de Heredia, José de la Luz y Caballero, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Julián del Casal o los jóvenes creadores que se agruparon en torno a la figura de Domingo del Monte. El interés de este periodo radica en la clara intención trasgresora que asume la traducción, tanto en el ámbito estético como en el político, lo que llevó a la mayoría de estos autores a efectuar «imitaciones», impregnando las obras extranjeras de su propio carácter y recreándolas para expresar sus vivencias personales y evocar el universo cubano.

El segundo bloque en el que se divide el libro está dedicado íntegramente a José Martí e incluye cinco trabajos de gran calado en torno a la estrecha relación que el poeta mantuvo toda su vida con la traducción. En este ámbito, destaca su doble faceta como teórico y como traductor, que se refleja, por un lado, en las reflexiones sobre el fenómeno de la traducción literaria expuestas principalmente en el texto titulado «Traducir *Mes fils*» (2010) y, por otro, en la envergadura que alcanzó su actividad traductora, con textos tan señalados como «Mis hijos» de Victor Hugo, la novela *Ramona* de Helen Hunt Jackson, los cuentos infantiles publicados en la revista *La Edad de Oro* o las crónicas de *Escenas norteamericanas*, su obra más basta y compleja y un claro ejemplo de la integración del quehacer traductor de Martí en el proyecto emancipador que caracteriza toda su producción literaria.

Finalmente, el tercer bloque nos acerca a los autores traductores del siglo XX a través de seis artículos de temática variada, pero con un nexo común: poner en evidencia la importancia que sigue teniendo en Cuba la traducción «como ejercicio espiritual de enriquecimiento y de búsqueda de formas literarias nuevas» (49). Esta es la filosofía que mueve a los integrantes del grupo Orígenes, creado en La Habana en los años treinta por algunos de los intelectuales más brillantes del momento, como son José Lezama Lima, José Rodríguez Feo, Virgilio Piñera o Cintio Vitier, todos ellos, a su vez, traductores. En su anhelo por establecer un diálogo entre lo local y lo universal, estos escritores llevaron a cabo una intensa labor traslativa, que alcanza a autores como Stéphane Mallarmé, Arthur Rimbaud, Simone Weil o Paul Claudel. Ese mismo afán empuja, años más tarde, a

Samuel Feijóo a realizar un «descomunal esfuerzo de traducción» (203), que se plasma en su obra *Festín de poesía*, publicada en 1984, donde se recogen poemas de más de ciento cincuenta escritores de una amplia variedad de lenguas, entre las que se encuentran el inglés, el francés, el alemán, el polaco, el rumano, el búlgaro o el ruso.

Esta labor de difusión de la literatura extranjera en la isla tiene su contrapunto en los trabajos realizados por algunos escritores con el fin de insertar la cultura cubana en el discurso artístico de las diversas vanguardias europeas. Así, Suárez León nos presenta, en primer lugar, el caso del texto «Una curiosidad literaria», publicado en 1985, donde Eliseo Diego elabora el texto original de una falsa traducción redactada por Rogelio Nogueras. En segundo lugar, la autora reflexiona sobre su propia experiencia como traductora de la obra *Poemas de las Antillas* de Alejo Carpentier, editada en 1989, en la que se enfrentó a la tarea de verter al español un texto escrito en francés por un autor de Cuba sobre un tema relacionado con los ritos afrocubanos. Y por último, encontramos un artículo que incita a indagar sobre la relación entre la poesía y la traducción a través de los poemarios compuestos por dos traductores cubanos: *Ítaca* de Olga Sánchez Guevara y *Lupa de tiempo* de Francisco Díaz Solar, que se caracterizan por contener poesías cuya sustancia se encuentra «atravesada por el ojo múltiple, esperanzado y desesperanzado de la traducción» (195).

En suma, estamos ante una obra amena e ilustrativa, que aúna diversos saberes, como la traductología, la literatura comparada, la lingüística descriptiva o la historia, para dar una visión de la singularidad que caracteriza a la actividad traductora tanto en Cuba como en América Latina, donde se convierte en una herramienta esencial en los procesos de modernización y descolonización cultural.

De esa forma, esta colección de ensayos no solo ofrece una perspectiva novedosa e imprescindible para adentrarse en el ámbito de la historia de la traducción literaria en Hispanoamérica, sino que además invita a explorar nuevas líneas de investigación, ya sea a partir de las cuestiones teóricas que plantea, de los análisis traductológicos que presenta o de los anexos que acompañan a varios de estos artículos, entre los que destacan los listados de los textos traducidos por Julián del Casal y por Cintio Vitier. La autora (12) abre así un conjunto de «ventanas que asoman a un universo de interrelaciones culturales que requerirá de muchos estudios en lo porvenir».

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Carpentier, Alejo (1977), «Papel social del novelista», en: Mario Benedetti *et al. Literatura y arte nuevo en Cuba*, Barcelona: Laia, pp. 153-169.

Martí, José (2010), «Traducir Mes fils», en: *Obras completas. Edición crítica*, tomo 20, La Habana, Centro de Estudios Martianos, pp. 11-14.

Suárez León, Carmen (1997), *José Martí y Victor Hugo en el fiel de las modernidades*, La Habana, Editorial José Martí y Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana.

ROCÍO ANGUIANO PÉREZ  
Universidad de Valladolid  
[rocio@anguiano.eu](mailto:rocio@anguiano.eu)